

Nunca amanecerá

Ricardo López Aranda

PERSONAJES

ENRIQUE.

MARGA.

EL PADRE.

MIGUEL.

LUIS.

LUCÍA.

ELENA.

VOZ DE LA MADRE.

Acto I

Sala de estar grande y lujosa. Primer plano derecha, puerta de salida; a foro derecha, escalera que conduce al primer piso. El fondo centro, gran puerta corredera de cristales policromados. Lateral izquierda, gran ventanal con cortinajes rojos hasta el suelo. Sillones, velador, mueble-bar, etc. Piano vertical, gran reloj de pared al que se ve andar durante la escena. Marca también los entreactos. Es de noche. La escena está iluminada tan sólo por un haz de luz multicolor, que parte de la gran vidriera central.

(En escena, MARGA y ENRIQUE. Junto a la gran ventana. Visten de negro.)

ENRIQUE- ¿Qué miras?

MARGA.- (Sus frases suenan a falso, como si su tono poético fuera deliberadamente artificioso.) Asisto al derribo del gran globo de cartón... Una luna sangrante, pudriéndose sobre las montañas lejanas. Parece una hoguera...

ENRIQUE.- (Cínico.) Mañana tendremos otra blanca y redonda para nosotros solos. Lejos...

MARGA.- (Con un estremecimiento.) Los perros han ladrado durante toda la noche...

ENRIQUE.- Sí.

MARGA.- ¿Falta mucho... para que amanezca?

ENRIQUE.- Dos horas, quizá.

MARGA.- ¡Dos horas aún!... No sé si podré resistirlo.

ENRIQUE.- (Enlazándola.) Estás temblando.

MARGA.- (Siempre mirando a través de la ventana.) Parece como si todo estuviera metido en una gigantesca vitrina de cristal. Mira al cielo: las paredes crujen... Todo va a estallar en una inmensa flor de espuma.

ENRIQUE.- Desvarías. Cierra la ventana.

MARGA.- No. Aún no. Millones de estrellas riendo allá arriba. Parecen felices. No saben. Juegan al corro y ríen. Es todo cuanto se les ha pedido que hagan. (Cierra la ventana. Su voz y su gesto han cambiado, transformándola.) Ya está. Es preciso recobrar los sueños.

ENRIQUE.- Deberíamos irnos ahora mismo.

MARGA.- No.

ENRIQUE.- Luis hará preguntas. Querrá saber cuanto ha sucedido en esta casa durante la noche de ayer, mientras...

MARGA.- ¿Tienes miedo?

ENRIQUE.- (Interrogando.) ¿Por qué iba a tenerlo? (Recalcando las palabras.) No hemos tenido nada que ver en... Lo nuestro es distinto.

MARGA.- ¿Entonces?...

ENRIQUE.- Será molesto, simplemente.

MARGA.- Muy enojoso... para todos. ¿Verdad?

ENRIQUE.- Sí

MARGA.- Entonces tienes miedo de ti mismo. Acaso estés ya arrepentido.

ENRIQUE.- No.

(Se oye un sollozo ahogado detrás de la vidriera.)

MARGA.- Escucha: ¿Has oído?

ENRIQUE.- Sí. Aún sigue llorando.

MARGA.- (**Reconcentrada.**) Ella... no puede oírle ya.

ENRIQUE.- No.

MARGA.- Me horroriza que hay a quedado con los ojos abiertos... Y esa venda en torno a la cabeza, para que no se la caiga la mandíbula.

ENRIQUE.- Marchémonos.

MARGA.- ¿Así? ¿Sin una palabra?... No tenemos por qué irnos como si fuéramos ladrones.

ENRIQUE.- Lo somos..., en cierto sentido.

MARGA.- ¡Ah! ¿Te refieres a Luisa? (**Pausa.**) ¿Por qué te casaste con mi hermana? Siempre quise preguntarte eso.

ENRIQUE.- No supe valorarte, entonces. Te creía orgullosa. No sabía que era tan sólo una máscara para ocultar...

MARGA.- Sigue... ¡Dilo!...

ENRIQUE.- Tu secreto, tu doloroso secreto...

MARGA.- Por entonces aún no lo sabía. Fui siempre una muchacha triste y egoísta. Ella tuvo la culpa: ahora está muerta.

ENRIQUE.- Será mejor que no hablemos de eso.

MARGA.- ¡Oh! Ha caído una estrella. Se ha hundido detrás de las montañas: alguien va a morir.

ENRIQUE.- Quizá..., quizá sea la suya.

MARGA.- Sí, es posible que no hubiera muerto hasta este mismo momento. Nunca se sabe. A veces enterramos cuerpos aún vivos. Mueren, de verdad, después de tres o cuatro días, allá... en el fondo.

ENRIQUE- La odiabas mucho, ¿verdad?

MARGA- Se esforzaba en tratarme igual que a ellos, y no podía... ¡Oh! ¡Cuánto he gozado estos meses, cuando todo se volvió en contra suya!

ENRIQUE- ¡Cállate!

MARGA- No vas a decirme que la querías, ¿verdad? Precisamente tú...

ENRIQUE- No. Yo también la odiaba... viva. Ahora está ahí tendida. Es distinto.

MARGA- ¿Estás arrepentido?

ENRIQUE- Volvería a hacerlo mil veces, lo sabes. Un año de trabajo tratando de resucitar una mujer muerta hacía veinte años, tu madre, sólo... para humillarla a ella.

MARGA- Se acerca mi padre. Oigo la silla de ruedas. Ni una palabra de... Nadie debe saber nada hasta después del funeral.

(Se abre la gran puerta de cristales. Entra EL PADRE en su sillón de ruedas.)

EL PADRE- ¿Dónde... está Miguel?

MARGA- Fue a elegir las flores para las coronas.

EL PADRE- ¿A estas horas?

ENRIQUE- Quizá salió sólo por despejarse la cabeza. Está muy afectado.

MARGA- Todos estamos afectados.

EL PADRE- **(Mirándola intensamente.)** ¿Todos?

MARGA- ¿Por qué me miras así, papá?

EL PADRE- Has dicho... «todos»...

MARGA- ¿Y bien?...

EL PADRE- Todos no: tú no.

MARGA- Jamás oculté que la odiaba.

EL PADRE- Era tu madre.

MARGA.- (Casi gritando.) ¡No era mi madre!

EL PADRE.- (Apenas en un susurro.) No has conocido otra.

MARGA.- Pronto voy a conocerla.

ENRIQUE.- (Nervioso.) ¿No puedes callarte?

MARGA.- No.

ENRIQUE.- ¡Está ahí, detrás de esos cristales, caída de espaldas sobre la caja!...

MARGA.- Eso es lo que lamento: que no pueda oírme.

EL PADRE.- Te oyó demasiados años.

MARGA.- (Excitada.) ¿Oír? ¡No! Ojalá hubiera habido gritos. Los gritos desahogan. Sólo silencios; largos silencios, repletos de miradas: esta ha sido la casa del silencio.

EL PADRE.- ¿Os fijasteis? La muerte le ha dorado los ojos; antes eran azules.

MARGA.- Yo sólo recuerdo en ellos un frío resplandor metálico. Sus ojos estuvieron presentes en todas mis pesadillas de adolescente. Recuerdo..., recuerdo que había también un bosque lleno de manos que trepidaban al agitarse, como si alguien las hubiera incendiado... Un bosque viviente, bajo un extraño mar azul...

EL PADRE.- Ella lloraba por ti. Se levantaba muchas veces, por la noche, para verte dormir. Te veía agitarte, presa de esos sueños, y te despertaba para que no sufrieras.

MARGA.- Aquello era peor: la realidad era peor. En el sueño, nunca me alcanzaban sus ojos: yo corría más. Sin embargo, sus ojos estaban sobre mí y sus manos y su boca cuando me despertaba.

EL PADRE.- No se te pueden pedir responsabilidades de tu odio: fuiste una niña rara y eres una mujer enferma.

MARGA.- Pero...

ENRIQUE.- (Estallando.) ¿Quieres ya dejar eso?

EL PADRE.- Me das miedo, Marga. Todos debieran tenerte miedo.

(Entra MIGUEL: viste también de negro. Trae la gabardina y el sombrero chorreando.)

MIGUEL.- Hola, papá. (**Le besa.**)

ENRIQUE.- Hola, Miguel

EL PADRE.- ¿Llueve?

MIGUEL.- Sí.

MARGA.- Es una noche extraña: llueve... De pronto sale la luna, las nubes corren y las estrellas están tan cerca que casi se las puede tocar, y vuelta a llover...

MIGUEL.- El camino hasta la carretera está hecho un fangal.

EL PADRE.- (Abstraído.) Es lástima. Será un día triste. A ella le hubiera gustado una mañana de sol con pájaros, y ese cielo azul, sin nubes, como si fuera pintado.

MIGUEL.- (Se ha quitado la gabardina. Mira hacia la escalera.) ¿Dónde está mi mujer?

MARGA.- Se ha encerrado en su habitación.

ENRIQUE.- ¡Ha llegado Luis!

MIGUEL.- He visto su coche fuera.

EL PADRE.- (Apartado; hablando para sí.) Todo se llenará de negros impermeables, y paraguas negros y brillantes...

MIGUEL.- ¿Está dentro... Luis?

MARGA.- Sí.

ENRIQUE.- Lucía también. Sigue igual. Al lado del cadáver. Está como idiotizada.

EL PADRE.- (Lo mismo que antes.) Habrá agua en el fondo del hoyo. La caja quedará flotando como una palomita de papel, una negra palomita de papel..., y todo parecerá un juego un poco triste.

MIGUEL.- Se oye llorar.

MARGA.- Es Luis.

MIGUEL.- Debería descansar, después de un viaje tan largo.

ENRIQUE.- Lleva dos horas así, desde que llegó, apenas saliste tú. Aún tiene puesto el abrigo. La mira un rato, y de pronto llora. Luego vuelve a mirar. Y es... ¡como si no tuviera ojos!

EL PADRE- (Volviendo a la realidad.) Es preciso que Luis no llegue a saber lo que en esta casa ha sucedido.

MARGA.- ¿Qué ha sucedido? ¿Quién tiene algo que reprocharse?

EL PADRE- Todos.

ENRIQUE- Habla por ti; nosotros no tenemos nada que reprocharnos.

MIGUEL.- ¿Nosotros? ¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Marga y tú?

EL PADRE- No hay que excitarse. Él no debe saber nada. Me refiero a que no debemos entrar en detalles, aunque él nos los pida. Alguno podría traicionarse inadvertidamente.

LUIS.- ¿Lleva así mucho rato Lucía?

(Se abre la gran vidriera. Entra LUIS.- Se quita el abrigo.)

MARGA.- Toda la noche.

EL PADRE- Se la podría arrojar bajo la lluvia y no se daría cuenta.

ENRIQUE- Está como vaciada por dentro. Como si sólo tuviera cuerpo; un áspero cuerpo, tallado en madera.

LUIS.- Deberías estar junto a ella: es tu mujer.

MARGA.- Descansa tú, al menos, Luis. Sube arriba. Puedes ocupar cualquier habitación.

LUIS.- Antes quiero saber.

MIGUEL.- (Evasivo.) Estás empapado. Debiste bajar la capota.

LUIS.- ¡He dicho que quiero saber!

EL PADRE- Está bien. Soy tu padre. Es a mí a quien debes preguntar.

LUIS.- ¿Cómo ocurrió todo?...

MARGA.- Fue en las primeras horas de la mañana cuando nos dimos cuenta. Oímos un gran ruido en la alcoba. Corrimos todos a la escalera. Entramos: papá estaba en el

suelo sin conocimiento.

EL PADRE- Fue de la impresión, cuando al ir a despertarla...

MARGA- Mamá estaba en la cama, ya fría...

MIGUEL- Había muerto a medianoche, según pude comprobar.

EL PADRE- Jamás podré olvidar que he dormido toda una noche abrazado a su cadáver.

LUIS- (A MIGUEL.) ¿Y de qué ha sido?

MIGUEL- Del corazón.

LUIS- ¿Padecía... últimamente?

MIGUEL- Sí.

LUIS- ¿Ella... lo sabía?

MIGUEL- Sí.

LUIS- (Irónico.) Es bueno tener un médico en la familia: uno sabe la hora exacta en que le tocará morir.

EL PADRE- No es esta una noche a propósito para hacer ironías.

LUIS- (Después de una pausa, con esfuerzo.) ¿Y qué hay de esa... mujer?

MARGA- ¿Qué mujer?

LUIS- ¿Quién puede ser? ¡Estamos pensando los tres en la misma, creo!

EL PADRE- ¿Cómo lo sabes?

MIGUEL ¿Mamá te escribió?

MARGA- ¿Qué te decía?

LUIS- Toda esa absurda historia: al principio me reí. Pero se ve, Enrique, que eres concienzudo como abogado. ¡Ojalá lo fueras tanto como marido!

ENRIQUE- ¿También eso te lo dijo ella? ¿Se lo has contado a Lucía?

LUIS- No paséis cuidado por mí. Al menos, por ahora.

EL PADRE- ¿Se puede saber de qué estáis hablando?

LUIS.- Creo que eres tú, no yo, quien tiene una bonita historia para contarnos. **(Con repugnancia.)** Esa... suplantadora... Miguel.

MIGUEL.- No es una suplantadora. Está comprobado.

LUIS.- ¿Tú la has visto, papá?

EL PADRE.- No.

LUIS.- **(A todos.)** ¿Entonces?...

EL PADRE.- Te digo que está comprobado, desgraciadamente **(Como recordando.)** Esta es la historia de un error. Una trágica historia de esas que no salen en los periódicos, porque la familia se encarga de velar celosamente su secreto. **(Recalcando las palabras.)** ¡Una familia honorable y unida como la nuestra!

LUIS.- Quisiera conocer tu propia versión de los hechos.

EL PADRE.- Comenzó hace veinte años en una ciudad de Europa...

LUIS.- ¿Qué ciudad?

EL PADRE.- ¿Qué puede importar eso? Estábamos en guerra... **(A LUIS.)** ¿También vas a preguntarme cuál?

LUIS.- Prosigue.

EL PADRE.- Durante un bombardeo, la Estación Central de Ferrocarriles quedó totalmente destruida. Hubo cientos de muertos. Los cuerpos horriblemente mutilados quedaron sobre los raíles, incrustados contra las rojas paredes de ladrillos, entre el retorcido acero de los vagones. Durante cuatro días, miles de personas desfilaron por el depósito intentando identificar a sus familiares. Un hombre joven identificó a su esposa, a la madre de sus tres pequeños. Acabada la guerra se volvió a casa. Fundó un hogar donde tuvo otro hijo. Pasaron los años hasta que un día... **(La voz se le quiebra.)**

MARGA.- La antigua mujer reaparece misteriosamente...

LUIS.- Suprime lo del misterio: me parece que para ti, y para Enrique, no debe serlo tanto.

ENRIQUE.- No he hecho sino cumplir mi deber. Mi profesión es, precisamente, esclarecer la verdad allí donde se encuentre.

MIGUEL.- ¡Esta conversación es idiota!

LUIS.- Es preciso llegar hasta el final. ¿Por qué no me avisasteis antes?

EL PADRE.- ¿Acaso hubiéramos podido hacerlo?

LUIS.- ¿Y vosotros?

ENRIQUE.- Estábamos aquí cuando todo sucedió. Ella nos había mandado llamar. Llegamos el día anterior, o sea, anteayer.

MARGA.- Era como si supiera...

LUIS.- ¿Saber? ¿Qué podía saber?

MARGA.- Como si presintiera que iba a morir.

MIGUEL.- Es todo tan extraño.

LUIS.- Pero entonces ¿por qué no me mandó llamar a mí también?

EL PADRE.- Creímos que lo había hecho, y tú no habías podido venir por cualquier motivo.

LUIS.- En un caso así no hay motivos.

MARGA.- ¿Un caso así? ¿Acaso crees que lo que recibimos fue una participación de su muerte escrita de su puño y letra? Lo único que decía era lo mucho que le gustaría que pasáramos unos días junto a ella.

MIGUEL.- Todo ha sido un azar, un monstruoso azar.

EL PADRE.- A veces...

ENRIQUE.- ¿Qué?

EL PADRE.- Pienso que alguien ha dicho que lo que llamamos azar, no es sino la lógica de Dios. Es preciso tener fe. **(Pausa.)** Pero... ¿varía la fe el hecho de la muerte?

LUIS.- No me parece el más indicado para hacer preguntas de esta índole. Un profesor de psicología está, en estos casos, más bien obligado a responder.

EL PADRE.- **(Atropelladamente, como intentando rechazar una idea que le obsesionara.)** Vuestro camino es difícil. Nosotros hemos vivido en una época en la que sólo era preciso dejarse conducir. Pero ese mundo se ha roto. Ha habido dos grandes guerras: millones de muertos como rojos cristales de la gran vidriera quebrada. Tenéis que recomenzar. Y no sabéis cómo. Nosotros nada podemos deciros. Nuestras soluciones a nuestros problemas de ayer,

no pueden servirnos hoy a nosotros. Los postulados son otros. Estáis solos.

MIGUEL.- Yo creí que la soledad era un problema personal. Pero es toda una generación la que se siente desamparada. No puede hablarse de una locura colectiva. Son las normas las que han quedado incapaces de encuadrar nuestra época.

ENRIQUE.- Es preciso una revisión de valores.

MARGA.- Y nosotros. ¿Qué somos entre tanto?

MIGUEL.- Testigos. Espectadores de nuestra propia impotencia.

LUIS.- ¡Callaros! Os suplico que no sigáis hablando. Al final, quizá, nos arrepintamos todos de haberlo hecho. Es mejor no hablar, permanecer aislados, cada uno en su cárcel sumergida. Se ignora el mal de los otros. Cuando se comienza a hablar es ya imposible detenerse. La palabra pronunciada no puede ser nunca vuelta atrás. Lo peor del tiempo de los hombres no es que sea limitado, sino que no hay rectificación posible. El arrepentimiento es una simple nota marginal.

MARGA.- Escuchad: Lucía llora.

MIGUEL.- Es mejor así. Parecía una vieja máscara tallada en madera. Esas lágrimas volverán a hacer de ella un ser humano.

LUIS.- ¿Acaso lo somos nosotros?

EL PADRE.- ¿Qué insinúas?

LUIS.- Cuando un grupo de seres humanos comienza a escarbar en sus ideas, a hacer revisión de actos y de motivos, es seguro que está a punto de salir a flote todo lo podrido; todo lo inconfesablemente leproso que nos tortura en lo íntimo de nuestras conciencias.

MARGA.- ¿Acaso tienes algo que reprocharte?

EL PADRE.- (Casi a gritos.) ¿Quién no tiene algo que reprocharse? Es posible que ella haya muerto por nuestros deseos inconscientes de que muriera.

MARGA.- No entiendo qué quieres decir.

EL PADRE.- ¿Acaso Dios no puede aceptar los malos deseos como las piadosas peticiones? Dios ve en nuestras almas más claro que nosotros mismos. Quizá fue desde ellas desde donde decretamos su muerte, sin saberlo o sabiéndolo

a medias solamente.

ENRIQUE- ¿Puede haber culpa sin conciencia?

(LUIS, desligado de todo, atento sólo a su mundo interior, se acerca al piano y lo abre. Pulsa una tecla. Se oye una extraña melodía sincopada. Se deja caer sobre el teclado con la cabeza entre las manos. Los demás nada han oído ni ven.)

EL PADRE- Conciencia... Y ¿dónde están los límites de la conciencia? ¿Dónde está la línea divisoria entre lo que se sabe, lo que se intuye, lo que se presiente, lo que se ignora hoy pero se supo ayer, y lo que alguna vez será conocido?

MIGUEL- No puedes ligar la conciencia de un hombre a un mar colectivo de culpas y de perdones. Cada hombre es culpable o libre individualmente.

EL PADRE- No. Hay una comunión de santos, ¿no es así? Y bien, ¿por qué no puede haber una comunión de pecadores? El mal de los otros nos afecta no menos que el bien de los otros. Quiero decir que así como hay un mar de gracia que se distribuye, así estamos sumergidos en otro mar de pecado. Como las burbujas y las pompas de jabón, tenemos una individualidad hasta que tropezamos con un obstáculo. Detrás está la nada.

LUIS- **(A voces.)** ¡Silencio! Sólo sabéis divagar. Ella está ahí muerta, rígida, con sus grandes ojos abiertos llenos de arañas. Arañas de patas negras y peludas. Todo el techo está lleno de arañas. Y vosotros, ¿qué hacéis entre tanto? ¿Gritar? No. Una académica discusión sobre temas apoloéticos. Si no sois capaces de llorar, guardad silencio al menos. Respetad su muerte, y a que con toda vuestra palabrería sobre Dios y la gracia, no supisteis respetar su vida.

MIGUEL- Consuela hablar de temas del espíritu.

LUIS- Os gusta hacer la disección de las almas como si fueran cuerpos, cadáveres que hay que descuartizar antes de que empiecen a corromperse. ¡Las vuestras hieden ya! No aceptáis en ellas el misterio. Un médico y un psicólogo: el cuerpo y el alma representados. Luego el abogado: la representación de los conflictos entre el debe y el haber.

ENRIQUE- ¿Hay algún mal en ello?

LUIS- ¡Me dais asco! Me aterra ver hasta qué punto os han deformado vuestros profesionalismos. Sois como grandes

fantoches pronunciadores de grandes palabras, de sonoras palabras. Las palabras nada significan ante el hecho concreto de la muerte, y menos cuando es una madre y una esposa la que... ¿Pero es que no os dais cuenta? Ella está muerta aquí. No permitiré que en mi presencia se sostengan cultos diálogos teológicos... «La gracia y el pecado»... ¡Oh, Dios mío! ¡No tenéis alma! He aquí a los intelectuales, a los razonadores. Me repugnáis. Habéis dejado de ser hombres a fuerza de creeros superhombres.

MIGUEL.- Cálmate. No continuaremos. No sabíamos que te molestara. En algo habíamos de pasar el tiempo.

LUIS.- El tiempo... Hay algo turbio en el fondo de todo esto. (**Se retira a un rincón, junto a la ventana y mira abstraído hacia la noche.**)

MARGA.- Es preciso que sigamos hablando. El silencio, un silencio de horas nos traicionaría. Terminaríamos estallando. Gritándonos a la cara todas las inconfesables sospechas que nos torturan. ¿De qué estábamos tratando?

ENRIQUE.- De la libertad.

EL PADRE.- ¡Ah, sí!... A veces sufrimos el espejismo de poder rechazar o aceptar. Pero del mundo del espíritu es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos. No tenemos de la verdad sino aproximaciones, probabilidades.

MIGUEL.- Pero nosotros los católicos...

ENRIQUE.- Ya salió «nosotros los católicos»... yo no lo soy. Pero yo lloré a mi madre a gritos y nadie hizo diálogos morales en su entierro. Luis tiene razón. Es monstruosa esta conversación en este tono bajo, ambiguo, monocorde, junto al cadáver de vuestra madre. Habéis suprimido la parte humana, trágica, de la muerte, intentando sugestionarnos de que la separación es sólo temporal. ¡Y lo peor es que eso os consuela! Habéis perdido vuestra capacidad de amor por los propios, a fuerza de veros obligados a amar también a los ajenos.

MIGUEL.- Para los católicos, Dios...

ENRIQUE.- ¡Otra vez! Es lo que más daño hace. Hablan de Dios como quien lo hace de unos terrenos heredados. En las casas de los católicos se hereda a Dios como un mueble más, y allí se queda para cuando de le necesite: para casarse o para morir.

EL PADRE.- ¿Ves tú otra solución?

ENRIQUE.- Yo no entiendo de esto, y, si he de ser

sincero, tampoco me preocupa. Pero ¿por qué no un Dios personal, una idea de divinidad descubierta por cada uno en sí mismo, sustituyendo a ese otro Dios algún día vivo, es verdad, en el corazón de los primeros cristianos, pero que no es, hoy día, para la mayoría de los católicos si no un pastiche momificado en oraciones aprendidas de memoria?

LUIS.- Hay en todo esto algo terriblemente soterrado. Habláis demasiado obstinadamente de cosas alejadas, de la urgencia del momento para que resulte natural.

MARGA.- ¿Qué pretendes insinuar?

LUIS.- Os traicionan los ojos y el temblor de las manos. Tenéis los labios duros y fríos. Respiráis, os movéis y habláis con demasiada naturalidad para que resulte natural.

MARGA.- (Se acerca a él. Le pone las manos sobre los hombros. Intenta desviar su atención.) ¿Quieres beber algo?...

LUIS.- Sí.

MARGA.- (Abriendo el mueble-bar.) ¿Qué prefieres?

LUIS.- Cualquier cosa. Es lo mismo.

MARGA.- (Le sirve.) Estás muy pálido. Esto te hará entrar en reacción (Pausa.) ¿Qué miras?

LUIS.- El piano...

MARGA.- Aún ayer tocó para nosotros.

LUIS.- ¿Qué tocaba?

(Comienza a oírse la misma melodía que antes.)

MARGA.- Tu música. Ella sólo tocaba tu música. Siempre tu música.

LUIS.- (Acercándose al piano.) Estarán aquí aún las huellas de sus manos.

MARGA.- Sí.

LUIS.- (Lo cierra.) Enterraré la llave. Nadie volverá a tocar nunca en este piano. Pasarán los años. Alguien preguntará de vez en cuando «¿Por qué está cerrado?»... Y entonces todo volverá a ser así. Ella estará ahí dentro entre los grandes velones amarillos, goteantes. Tú y yo tendremos

lágrimas en los ojos. Y esos... ¡esos!... **(Se acerca a la ventana y queda con la frente apoyada en los cristales, sollozando.)**

EL PADRE- (A ENRIQUE.) ¿Cómo puedes no creer en Dios? En un mundo sin Dios el dolor no tendría explicación. El dolor es voluntario.

ENRIQUE- ¿Qué voluntad? ¿La del individuo o la de la especie?

MIGUEL- No te entiendo.

ENRIQUE- Es claro que cada individuo reniega de guerras y enfermedades. Sin embargo, estas llegan sobre nosotros de un modo cíclico.

EL PADRE- Cada vez que la humanidad precisa un poco de purificación.

MIGUEL- ¡Es la voluntad de Dios!

ENRIQUE- Es curioso. Entre los animales ocurre lo mismo. Cuando la superpoblación amenaza la supervivencia de la comunidad, luchan entre sí, o surge una misteriosa enfermedad que los diezma, dejando tan sólo los que con los medios a disposición podrían sobrevivir.

EL PADRE- ¿Entonces?

ENRIQUE- No se trata de que Dios los quiera o no. Simplemente es obra de nuestro inconsciente colectivo.

EL PADRE- Puede hablarse de una correspondencia dolor-purificación. Se es más santo cuanto más se purifica uno en el dolor.

ENRIQUE- No. Atendiendo a vuestras doctrinas y en un sentido estricto, nosotros nada purificamos. Cristo lo hizo por nosotros.

MIGUEL- El dolor es la participación de cada hombre en la labor de la Redención.

ENRIQUE- No. Sería tan sólo un óbolo simbólico, totalmente simbólico de nuestra parte. Además ¿cómo llegar a saber dónde está la verdad con certeza? En nosotros, usted lo confesaba hace un instante, hay mucho de incognoscible, de desconocido. ¿Quién nos dice que nuestra clave no está ahí, en algún punto de eso que nosotros mismos jamás llegaremos a conocer?

(Se abre la gran puerta de cristales. Entra LUCÍA.)

MARGA.- ¿Te encuentras mejor, Lucía?

LUCÍA.- Os oí hablar. Una horrible danza de apagados gritos sin sentido. No pude resistir. (A LUIS.) ¿Hace mucho que has llegado?

LUIS.- Dos horas, quizá.

LUCÍA.- ¿Entraste a ver a mamá?

LUIS.- Sí. Ni siquiera notaste mi presencia.

LUCÍA.- No comprendo cómo ella lo haya podido hacer.

MARGA.- ¡Lucía!...

LUIS.- Hacer... ¿qué cosa?

EL PADRE.- (Intentando salvar la situación.) Lucía se refiere a que ha sido muy desagradable para todos el que haya sucedido ahora precisamente.

MIGUEL.- Era cuando más la necesitábamos.

EL PADRE.- Sí.

LUIS.- Pero ella se hubiera ido de todas formas, después de saber que no era tu legítima esposa.

MARGA.- Ha sido una gracia de la Providencia.

LUCÍA.- Tú es posible que hasta hayas rezado para que sucediera así.

MARGA.- ¿Y qué si lo hubiera hecho?

EL PADRE.- Está bien. No creo que este sea el momento más apropiado para emitir juicios sobre lo que debiera o no debiera haberse hecho.

LUCÍA.- ¿Por qué lloras, Luis?

LUIS.- Estoy tan solo. Quisiera poder escupir a Dios por habérmela quitado. Pero no puedo. Estoy cansado. No tengo fuerzas ni siquiera para odiar.

LUCÍA.- La noticia de que esa mujer vivía la acabó mortalmente. Su organismo no pudo luego recibir un choque tan violento.

LUIS.- Durante toda la noche parece como si todos os estuvierais excusando de algo. ¿De qué? No tenéis de qué excusaros, me parece. De otro lado, ¿por qué echarle la culpa a

a Dios? No. No ha sido Él, ni ninguno de nosotros en particular. Sino toda la sociedad en particular. Toda. Una multitud de millones de hombres organizados contra el hombre. Hemos archivado el amor. También el amor. Era lo último que no quedaba por hacer. Hay dos hombres archivados con la obligación de estar juntos toda la vida. Si el amor muere ¡no importa! ¿Qué importa el amor? Lo que importa es la unión aparente, los convencionalismos. No fuimos nosotros, fue un hombre en un archivo quien la mató. Toda una vida maravillosa podrida por un error que sólo estaba en un papel. Ella... «ella» vendrá aquí, la llamaremos «madre»..., pero ¿tendrá esa palabra algún significado para nosotros?

EL PADRE- Ella es mi legítima esposa. Esto es algo que no podemos olvidar.

LUIS.- Dime, padre, ¿recuerdas el color de sus ojos?

EL PADRE- No. Está todo tan lejano...

LUIS.- Responde, ¿hay una sola línea de amor, de ternura, para ella en tu libro de recuerdos?

EL PADRE- No.

LUIS.- ¿Nada recuerdas?

EL PADRE- Apenas nada.

LUIS.- ¿Ni siquiera el color de su pelo?

EL PADRE- Posiblemente lo tenga ahora blanco. Han pasado tantos años.

LUIS.- ¿Entonces?...

EL PADRE- Sólo un fantasma sin rostro.

LUIS.- Pues bien: te verás obligado a amarla. Nos veremos obligados a amarla. No es nada para nosotros, sólo una sombra, sólo una palabra. Y, sin embargo, ella llegará aquí y se sentará en los mismos sitios, pondrá la mano sobre las mismas cosas, se vestirá acaso con los mismos vestidos que...

MARGA.- Ella es nuestra verdadera madre. Tuya, no; pero nuestra, sí.

LUIS.- (Con desprecio.) ¿Vais a decirme que la amáis?

MIGUEL.- No. Aún no, al menos.

LUIS.- (Excitándose a medida que habla.) La defendéis

sin conocerla. Pero ¿qué es una madre a la que no se conoce y cuya existencia nunca fue sospechada? ¿Qué es acaso lo que importa, el hecho físico de la maternidad, o bien tantos y tantos de maternidad espiritual? ¿Crees que será tan fácil transplantar a «esa» todo el amor por la que...? Bien es verdad que vosotros nunca la quisisteis. La odiabais. No sé por qué; pero la odiabais.

EL PADRE- (**Intranquilo, traicionándose.**) No tienes derecho a acusarnos.

LUIS.- ¿Otra vez esa palabra? ¿De qué os he acusado? Tenéis mucho miedo esta noche de que alguien os acuse de algo. ¿Qué se me oculta detrás de tanta palabra inútil?

ENRIQUE- Estás gritando.

LUIS.- ¡Oh!, cuánto debes desear que todo esto pase ¿verdad? Si se pudiera adelantar el tiempo. Que fuera ya de mañana para coger el féretro e ir al cementerio. Y hacer un hoyo bien profundo para que no haya peligro de que pueda escaparse...

MARGA.- Estás delirando, Luis. Debes tener fiebre, mucha fiebre.

LUIS.- Luego me diríais: «adiós, pequeño, aquí ya no tienes nada que hacer; esperamos a nuestra madre, a nuestra verdadera madre»... ¡Como si ella os importara algo!

EL PADRE- Estás enfermo.

LUIS.- Yo sé lo que os importa. ¿Queréis que os lo diga? ¡Su dinero!..., mucho dinero ¿eh? El preciso para levantar tu clínica, el sueño dorado de tu vida, ¿verdad, Miguel? El preciso, ¿verdad, papá?, para retirarte definitivamente de la cátedra para dedicarte a escribir más libremente tus asquerosos libros de psicología barata. (**A MARGA.**) El preciso para que la romántica solterona pueda realizar los soñados viajes de toda su vida. (**Con intención.**) ¿Acaso no he dado en el clavo?

EL PADRE- ¡Cállate!

MIGUEL.- Parece inaudito.

MARGA.- Durante toda tu vida te arrepentirás de lo que acabas de decir.

ENRIQUE- Es bochornoso.

LUIS.- Una muerte que soluciona tantas cosas... Quizá demasiadas...

(Se oye un grito. Aparece ELENA en el descansillo de la escalera. Está a medio vestir, con una bata de casa sobre los hombros. Viene despavorida. Habla entrecortadamente.)

LUIS.- ¿Qué ha sido eso?

MIGUEL.- Es mi mujer. Durante toda la noche no ha cesado de llorar en sueños. Tiene pesadillas.

(ELENA está bajando las escaleras. De pronto tiende los brazos y grita.)

ELENA.- ¡Miguel! ¡Miguel!...

MIGUEL.- (Abrazándola.) No es nada. Cálmate.

ELENA.- (Entre sollozos.) Nunca se marcharán ya estos horribles sueños.

EL PADRE.- Vamos, pequeña. Es preciso que te tranquilices.

ELENA.- Estaba durmiendo; la he sentido acercarse a mí. Llevaba la cabeza sobre las manos. Una horrible cabeza sin ojos.

LUIS.- (Abre de par en par la puerta de cristales. Aparece el féretro rodeado de hachones encendidos. Grita.) ¡Mírala! Ha estado ahí tendida durante todo este tiempo. No ha podido subir hasta tu alcoba. Está muerta.

ELENA.- (Con un alarido. Ocultándose en MIGUEL.) ¡No quiero verla!...

LUIS.- (Desconcertado.) ¿Tanto te asusta un cadáver?

ELENA.- No es eso. Siempre fui supersticiosa, y dicen...

(Gran tensión en todos.)

MARGA.- ¡Elena!

ENRIQUE.- Cállate.

EL PADRE.- (A MIGUEL.) ¿No puedes impedir que hable?

LUIS.- (Cogiéndola por los hombros. A ELENA.) Continúa. ¡Continúa!...

ELENA.- Dicen..., dicen que las almas de los suicidas vagan durante años alrededor de los que se han acercado a ellos para verles muertos.

LUIS.- Estás loca. Ha muerto de muerte natural.

ELENA.- ¿Quién te ha contado esa historia?

LUIS.- ¡Cómo! ¿Es que no ha sucedido así?

MARGA.- ¡Elena!

EL PADRE.- Es ya demasiado tarde.

LUIS.- Entonces...

ENRIQUE.- Es cierto...

MIGUEL.- No queríamos decírtelo, para que no sufrieras por ello.

LUIS.- Papá, ¿pero es que...?

EL PADRE.- (**Anonadado.**) Se ha suicidado. Ha puesto fin a su vida deliberadamente.

(LUIS mira, atónito, a uno en pos de otro. Vuelve a oírse el ya conocido motivo de piano. LUIS se lleva las manos a las sienes. La música ha subido de volumen. Parece estallarle en la cabeza. Ríe, de pronto, hasta que la voz se le rompe en un sollozo.)

(Mientras cae el telón.)

Acto II

La misma decoración que en el acto anterior. Han transcurrido diez minutos en el reloj. LUIS está tendido en un sillón. Toda la familia rodeándole. El fondo de música, aún en primer plano, obsesionante.

LUIS.- ¡Esa música! ¡Esa música!

ELENA.- Luis, deja ya eso.

LUIS.- (Alucinado.) Ella está tocando, está arriba tocando para mí nuestra pieza preferida.

MIGUEL.- No hay nada

ENRIQUE.- Ella está muerta.

MARGA.- Está ahí muerta, Luis.

LUIS.- Se sonríe y me mira..., mamá. ¿Por qué tienes esa mirada tan triste?

EL PADRE.- Llevas diez minutos escuchando una música que no existe.

LUIS.- (Lo mismo.) ¿He sido malo, mamá? ¿Es por eso por lo que estás tan triste?...

ELENA.- Mamá está muerta. Está ahora con las manos cruzadas sobre el pecho.

MIGUEL.- No hay ningún otro piano en la casa, y este está cerrado. Nadie puede tocarlo.

LUIS.- ¡No tan fuerte!...

MARGA.- Esa melodía sólo existe en tu cerebro.

LUIS.- ¡No tan fuerte!... ¡No tan fuerte!...

(Cesa la música repentinamente. LUIS se recobra.)

LUIS.- ¿Qué ha sucedido?

EL PADRE.- Oías una extraña melodía.

LUIS.- Es curioso. No recuerdo nada. **(Pausa.)** ¿Por qué estáis así..., vestidos de negro? **(Todos se miran inquietos. LUIS recuerda todo de pronto.)** ¡Dios mío! ¿Entonces, era verdad? Por un momento pensé que era sólo una horrible pesadilla.

LUCÍA.- Cálmate.

LUIS.- ¿Calmarme? ¿Crees que podré tener y a calma en mi vida? Ella me decía: «Ven..., ven...; te necesito»...

ENRIQUE.- No te culpes. Tú no podías saber que te necesitara hasta ese punto.

LUIS.- Todo ha sucedido por mi culpa. Nunca volveré a tener paz.

EL PADRE- No vale meter las uñas en lo irremediable. Intenta olvidar. Todos debemos olvidar.

LUCÍA.- Lo ha echado todo a perder con su último gesto. Años y años de vida ejemplar.

EL PADRE- Los designios de Dios son inescrutables.

LUIS.- Pero ¿es que puede un acto pudrir toda una vida? ¿Quién no ha tenido su acto podrido? Ella también tuvo el suyo. Eso es todo.

ELENA.- ¿Te das cuenta de que estás intentando justificar un suicidio?

LUIS.- ¿Quién habla de justificar? Los hombres tenemos códigos para los hechos. Pero ¿y las intenciones? En las intenciones está el hombre.

ENRIQUE- ¿Acaso contrapones la justicia de Dios a la de los hombres?

LUIS.- No digo que sean contrarios; sólo distintos.

MIGUEL.- ¿Qué quieres decir?

LUIS.- Habéis traducido a Dios en fórmulas. Habéis hecho de Él un código con artículos y subtítulos. Los hombres se han llenado la cabeza de palabras. Pero han pagado un precio bien caro: se les ha vaciado el corazón de caridad y es y a sólo una esponja rojiza. Estrujadla; sólo destilará una tierra reseca y podrida.

EL PADRE- Pero un suicidio en ningún caso es justificable.

LUIS.- ¿De qué justicia hablas, la de Dios o la de los hombres?... Dios está donde está el amor, y su amor, por encima de los convencionales códigos de justicia. Los códigos varían. ¿Acaso ha de variar Dios con ellos?

ENRIQUE- La vida no sería posible sin los códigos.

LUIS.- Pero es que estos se han vuelto contra el hombre. En un principio le sirvieron; hoy, a veces, no son sino absurdos lazos, convencionalismos sin sentido, a los que hay que sacrificar el ser libre.

MARGA.- ¿Te refieres... al caso de nuestra madre?

LUIS.- Sí. (Al PADRE.) Tú te casaste con ella creyendo que tu primera mujer había muerto. Tus hijos pequeños precisaban una madre y la tuvieron. Yo vine a estrechar más aún los sagrados lazos de vuestro cariño. Y, de pronto..., ese

fantasma, esa resucitada..., que nada significa ya para ti. Sólo un nombre en un registro. Y es ese nombre en el registro el que convierte en infamia el amor de tantos años, de toda una vida. Hay, sí, un pecado; pero digo yo ¿dónde están los culpables?

MIGUEL.- Nadie ha hablado de culpabilidad. Hemos señalado un hecho. Eso es todo; Dios...

ENRIQUE.- ¡Dios, Dios otra vez!... ¿Es que sólo sabéis tener esa palabra entre los labios? Ni siquiera sabemos que exista.

EL PADRE.- A nosotros no nos importa saber; nos basta creer. Y tú, ¿cómo puedes vivir sin fe?

ENRIQUE.- Creer no es cuestión de querer, sino de sentir. Pero supongamos que exista ese Dios vuestro. ¿Cómo saber que se preocupa de nosotros?

MIGUEL.- No. Él se preocupa. Tiene que preocuparse. ¿Has visto morir a un niño? ¿Has oído aullar de dolor a los pequeños cachorros del hombre?

LUCÍA.- Eres cruel. Nuestro hijo murió, lo sabes. Sabes también que nunca podremos tener otro.

MIGUEL.- Y bien, Enrique. ¿No te dice nada eso? ¿No te fuerza a creer en otra vida, una vida en que sean justificables tantos actos sin sentido?

ENRIQUE.- No puedo creer.

EL PADRE.- ¿Lo has querido alguna vez?

ENRIQUE.- Sí. Hubiera sido una solución tan fácil para todo.

MARGA.- ¿Entonces?

ENRIQUE.- He pedido a gritos esa ciega fe vuestra. No me ha sido concedida. ¿Si existe, hay un ser más cruel que Dios por este reparto arbitrario de sus dones?

MIGUEL.- Coge los periódicos: cataclismos, incendios, injusticias... ¿Y las pasadas guerras mundiales? Millones de muertos sobre los campos de batalla. Toda Europa no era sino una piel tirante repleta de cadáveres, un gigantesco cementerio al aire libre... Los cuerpos pudriéndose bajo el sol, bajo la lluvia durante semanas...

ENRIQUE.- ¿Y bien?

EL PADRE.- Pues que los hombres tenían muchos

pecados que pagar. Quizá uno sólo fuera bastante, pero tuvieron, al menos, una oportunidad: la de saber que existían. La muerte es un precio bien pobre por un solo pensamiento. Pero ¿y los niños? Si Dios no existiera, tendríamos que inventarlo, aunque no fuera más que para dar un sentido al dolor de los niños.

(Hay una pausa. LUIS se acerca a ELENA, que sigue junto a la ventana.)

LUIS.- ¿Y tú, Elena?... ¿Qué temías antes? ¿Acaso al cuerpo rígido y a para siempre?...

ELENA.- No.

LUIS.- ¿Veis? Ella es bien simple. Ella no razona. Tiene miedo..., miedo de su pobre alma errante de suicida, y lo confiesa. Vosotros ocultáis vuestro terror detrás de las palabras.

MIGUEL.- Y si temiéramos, ¿cambia eso el estado de las cosas?

LUIS.- Si teméis es que la habéis condenado en vuestro corazón.

ENRIQUE.- La justicia es bien explícita en estos casos.

MARGA.- Hasta la Iglesia negó en un tiempo la tierra sagrada a los suicidas.

LUIS.- Pero después de todo, ¿cómo podéis estar tan seguros de que ella...?

EL PADRE.- (Rápido y temeroso.) Hay hechos. Encontramos un tubo de «veronal» vacío sobre su mesa de noche.

LUIS.- Los hechos. ¿Qué importan los hechos?

MIGUEL.- No te comprendo.

ELENA.- ¡Dios mío! Voy a ponerme a gritar. Esta conversación es aborrecible.

LUIS.- Hemos comenzado a hablar. Ya nadie podrá detenernos. Desde un principio presentí que algo terrible iba a suceder. Y ahora sé que no han sido dichas todas las palabras.

MARGA.- (Nerviosa.) ¿Qué puede suceder ya?

EL PADRE- (Intentando que la conversación no llegue más lejos.) Estáis hablando demasiado. Si llegáis a veros por dentro, todo estará perdido.

LUIS.- ¿Por qué?

EL PADRE- (Evasivo.) Es que nada hay más espantoso que el espectáculo de un alma desnuda. Si alguno deja entrever la suya, la paz huirá de todos para siempre.

LUIS.- ¿Qué importa la paz? Lo que importa es la verdad.

MIGUEL.- Y la verdad, ¿dónde está la verdad? La verdad está en los hechos.

LUIS.- No. Los hechos deben ser interpretados. Es lo que voy a hacer.

MARGA.- Luis, te lo pido por nuestra madre muerta. No quieras saber más.

LUIS.- ¿Qué quieres decir?

LUCÍA.- Por tu bien, por el de todos, no nos preguntes.

LUIS.- Ahora más que nunca no podré callarme.

EL PADRE- Está bien. Nadie responderá.

LUIS.- Pero ¿es que aún queda algo por preguntar? ¿Qué secreto atroz se halla encerrado en esta habitación? ¿Es que aún podéis callar algo más espantoso que...?

ENRIQUE- Luis, sin darte cuenta, nos estás perdiendo a todos.

LUIS.- Estaré aquí y os miraré. No podréis reservaros eternamente vuestro secreto. Estallaréis al fin.

LUCÍA.- Enrique, vámonos. Llévame lejos de aquí. No puedo resistir más.

LUIS.- No. Nadie saldrá. Quiero saber palabra por palabra todo lo que aquí se ha hablado en mi ausencia.

EL PADRE- ¿No te das cuenta de que son precisamente las palabras no pronunciadas lo que nos atormenta? ¿Que es precisamente lo que no se ha dicho lo que nos hace reventar los oídos? ¿Que son los silencios los que nos han dado a todos la medida del horror que aquí ha tenido lugar?

MARGA.- ¿No tienes los hechos? Nada sabemos y nada queremos saber aparte de los hechos: el tubo vacío y su cadáver ahí...

LUIS.- ¡Quiero saber!

LUCÍA.- ¿Y sólo por eso la condenas?

MARGA.- Sí.

LUIS.- Imagino que Dios tendrá una justicia de intenciones. Los hechos son algo muy pobre y breve que nos sucede. Dios juzgará el alma que está detrás de los actos.

LUCÍA.- Ella tiene su noche. Nosotros la nuestra. Y eso es lo peor. La espera del que nada tiene que esperar.

LUIS.- ¿Qué es lo que os aterra?

EL PADRE.- (Acercándose a él.) Voy a decírtelo. Tú lo has querido. Lo que nos aterra es... nuestra participación.

LUIS.- ¿Vuestra participación?... ¿En qué?...

EL PADRE.- Nuestra posible participación en esta muerte.

MIGUEL.- No sigas, papá.

ENRIQUE.- Era irremediable. Sabía que iba a suceder.

EL PADRE.- Es posible que haya muerto... por nuestros inconscientes deseos de que muriera...

LUIS.- Pero ¿vosotros habéis llegado a desear?...

EL PADRE.- ¿Quién puede saber? ¿Quién puede tener conciencia de todo lo inconfesable que haya pasado por una mente humana? ¿Tuve yo conciencia de que mi primera mujer no había muerto? Quizá no. Pero yo así lo creí. Es posible que me forzara a mí mismo a aceptarlo. Mi vida con ella era un tormento. ¿Cómo puedo saber hasta qué punto no fue voluntaria mi equivocación? ¿Hasta qué punto mis deseos reprimidos de abandonarla no me hicieron confundirla con el cadáver de otra mujer? ¿Cómo no dudar? ¿Es que hay algo que sepamos con certeza absoluta?

LUIS.- Entonces... ¿Es posible que hayas sido tú... el causante de su muerte?

EL PADRE.- Es posible... De una forma indirecta.

LUIS.- ¿Qué importa la forma? Si te sientes culpable de algún modo, es preciso que vayas a entregarte.

EL PADRE.- ¿Entregarme? ¿Y a quién? ¿Qué justicia podrá declararme culpable? ¿Hay, acaso, un tribunal para los pensamientos? ¿Un pensamiento del que, por otra parte, yo

mismo no puedo confesarme culpable. Y eso es lo peor.

LUIS.- ¿Qué es lo peor?

EL PADRE.- La duda. Ella vive; somos nosotros los que hemos muerto. Somos muertos que viven la vida de un muerto. Lo único auténtico es esta duda torturante. El puente irreal que une a los que estamos aquí con los que partieron.

LUIS.- ¡Me dais asco!

MIGUEL.- Pero ¿es que no te das cuenta? Tú mismo eres un posible culpable.

LUIS.- ¿Yo?

MIGUEL.- Ella te pedía ayuda. Te rogaba que vinieras junto a ella. Se sentía sola. Quería tenerte junto a sí, tú mismo acabas de decirlo.

LUIS.- ¿Y bien?...

ENRIQUE.- El sentimiento de la soledad es la causa de la casi totalidad de los suicidios, según las estadísticas.

LUIS.- Hay algo en todo esto que no puedo comprender.

EL PADRE.- Nadie ha podido comprender jamás el último por qué de una reacción humana.

LUIS.- Pero entonces ¿por qué me lo ocultasteis?

MARGA.- Era una crueldad inútil. Tú la amabas.

LUIS.- Era vuestro deber dar parte a la justicia.

LUCÍA.- ¿Iba a servirle a ella de algo? No: ella está muerta. El hecho de gritarlo a los cuatro vientos no iba a resucitarle.

LUIS.- **(Despreciativo.)** Y con un médico en casa... Todo demasiado fácil.

EL PADRE.- ¿Qué pretendes insinuar?

LUIS.- ¿Otra vez las insinuaciones? Yo grito. Lo que pasa es que aún no he encontrado qué gritar.

MARGA.- ¿Entonces?

LUIS.- No sé. Todo está tan turbio y yo tan cansado. Ya no tengo fuerzas ni siquiera para llorar.

MARGA.- **(Que se ha acercado a la ventana.)** ¡Dios mío! Esta oscuridad... Esta noche...

LUCÍA.- Ha habido una noche. Corren los trenes con ardientes maderas sobre un río de acero. Hay música en los clubs nocturnos. Los cinematógrafos, repletos de un público que huele a sudor y chupa caramelos. Besos rabiosos de noche de bodas. Un niño ha dejado de serlo. Una mujer va a ser madre. Todo en la misma noche...

MARGA.- Nosotros hemos tenido también nuestra noche. Una noche que jamás amanecerá.

ELENA.- (Después de una pausa. Junto a la ventana.) Han muerto todas las estrellas.

LUIS.- (Gritando.) ¡Deja en paz a las estrellas!

MARGA.- ¿De qué quieres que hablemos, entonces?

LUIS.- (Irónico.) Ya salieron las «estrellas»... Y saldrá también la «luna»... ¿O bien este ha sido ya tema de conversación en ausencia mía? Vivís en un puro «cliché». Las mismas palabras, los mismos gritos, para todas las situaciones. La ventana y la noche y un temblor en los labios al decir «la luna»... Todo tan conmovedor, tan aborreciblemente sentimental.

MIGUEL.- ¿Y eres tú precisamente el hijo que huye de la casa paterna en busca de nuevas (Irónico.) sensaciones, de motivos de inspiración, el que viene a reprocharnos nuestro cursi sentimentalismo provinciano?

LUIS.- Marché obedeciendo tan sólo a los impulsos de mi vocación.

MIGUEL.- ¿A aporrear un piano le llamas tú vocación? ¿A escribir absurdas sinfonías que nadie quiere estrenar, le llamas tú vocación? Eres un fracasado. Lo fuiste siempre. Te marchaste de casa para no vernos subir a los demás mientras tú te quedabas acurrucado por la vida soñando tus dorados sueños en tu torre de marfil.

LUIS.- Es posible que todo sea como tú dices. Pero ¿quién puede saberlo? Yo creí obrar por un bello impulso de superación y ahora tú me descubres todo lo podrido que pudo haber en mi decisión. Parece como si en este momento recobrará tantos años perdidos al verlos bajo una nueva luz: interpretar el pasado es una nueva forma de vivir, la más dolorosa, pues nos hace ver cuán equivocados andamos a veces, cuando creemos obrar bajo los más sublimes impulsos.

MARGA.- Luis, no debes hablar así: tú elegiste voluntariamente tu camino.

LUIS.- Nadie hace sino lo que Dios ha previsto para él... yo me sentía lo bastante fuerte como para desviar, incluso, los designios de Dios. Me sentía absolutamente seguro de mí mismo. No me daba cuenta de que llevaba ya las cadenas en mi propia decisión de ser independiente. Aún ahora estoy sujeto, y no sé qué acto me sobrevendrá. ¿Qué nuevo rostro tendrán las cosas para mí en adelante?

LUCÍA.- Deja de pensar: vive. Es lo mejor.

LUIS.- No; lo mejor no es vivir, sino comprender. Nos es concedido un tiempo para actuar y un tiempo para saber. Y saber es siempre arrepentirse de haber actuado.

ENRIQUE.- Entonces, ¿qué es lo que quieres?

LUIS.- ¿Acaso lo sé yo mismo?

EL PADRE.- Nunca falta un impulso, un deseo, aunque este sea despreciable... ¿Cuál es ese deseo tuyo ahora?

LUIS.- Quisiera... quisiera liberarme no sólo de este Dios que me aniquila, sino de mí mismo. Inventar la palabra inaudita que me liberara definitivamente. Pero estamos aherrojados a un destino indeclinable.

MIGUEL.- La libertad existe, puesto que las responsabilidades nos acosan. No podríamos tener remordimientos de lo ejecutado bajo el mandato de alguna voz oculta.

LUIS.- ¿Quién puede saber? Sólo nos ha sido concedida la oportunidad de la duda.

EL PADRE.- Es preferible dudar, al ciego caer de la piedra en el vacío.

LUIS.- Quizá... quizá la duda no sea sino otro vacío, sólo que de naturaleza más ociosa. Dudar es sufrir: el dolor y la duda están en la médula de la especie humana. **(De pronto se los queda mirando, como si los viera por primera vez.)**
¡Dios mío!

LUCÍA.- ¿Qué te sucede?

LUIS.- Un hallazgo... Acabo de hacer un espantoso hallazgo.

EL PADRE.- Nada puede ya causarnos horror. Habla.

LUIS.- He hallado la solución.

MARGA.- ¿Qué solución?

LUIS.- Está claro. Ella no se ha suicidado.

MIGUEL.- Yo la he reconocido. Te aseguro que el «veronal»...

LUIS.- No se trata de eso.

LUCÍA.- ¿Entonces?...

LUIS.- (**Mirándoles uno a uno con gran fijeza.**) Había muchas personas interesadas en esta muerte.

ENRIQUE.- Explícate...

LUIS.- Mi madre... mi madre era una mujer muy religiosa. Primer motivo. Y aun en el caso de que hubiera pensado en esa horrible solución, me lo habría dicho. Segundo, para no creer en ese suicidio.

EL PADRE.- ¿Cómo iba a decírtelo? Sabía que tú hubieras volado a tiempo de impedirselo.

LUIS.- Pudo haberme escrito y haberlo hecho antes de que yo llegara, en el intervalo. Sin embargo, no lo ha hecho.

EL PADRE.- ¿Entonces?...

LUIS.- (**Pensativo. Como si recordara. Con intención.**) Nada hacía sospechar en sus últimas cartas que pensara tal cosa. Estaba triste. Sí. No sabía qué hacer. Pero esa solución... no. Al menos, nunca había dado con ella... sola.

MARGA.- ¿Estás pensando que alguien le infiltró la idea en su cabeza?

LUIS.- (**Evasivo.**) Quizá...

LUCÍA.- ¿Quién?...

LUIS.- Cualquiera: todos la odiabais por un motivo u otro.

EL PADRE.- Yo la amaba.

LUIS.- Un amor de compasión.

EL PADRE.- Me parece... que soy yo quien debería ser compadecido.

LUIS.- (**Como recordando.**) Últimamente, no. Ella estaba tan sola... Se sentía lejos de todos. Me pedía insistentemente que viniera. Pero estabais aquí todos. Y, por otra parte, yo jamás hubiera podido imaginar...

MARGA.- Habla de una vez. Es mejor que sepamos de una vez sobre quién recaen tus sospechas, que esta atrocidad

incertidumbre.

LUIS.- (A ELENA.) Elena, tú estás fuera de todo esto. Tu espanto te elimina de un modo automático. Es un asunto que sólo a nosotros nos concierne.

ELENA.- ¿Y bien?...

LUIS.- Me gustaría saber, sin embargo, qué pena merecería el culpable según tu criterio.

ELENA.- Pero ¿ya está aprobado que se trata de un crimen?

LUIS.- No. Aún no.

ELENA.- ¿Pero se llegará a saber quién?...

LUIS.- Sí.

ELENA.- ¿Se trata de... alguno de vosotros?

LUIS.- Quizá...

ELENA.- (Mirando hacia MIGUEL, su marido.) Lo haría colgar de un árbol.

MIGUEL.- ¿Por qué me miras de ese modo, querida?

ELENA.- Y lo dejaría allí pudriéndose bajo la lluvia y el sol.

MARGA.- ¡Dios mío!

ELENA.- Para que el viento lo agitara por las noches.

LUCÍA.- ¡Cállate!

ELENA.- (Sigue hablando despacio, con gran intensidad.) Hasta que un día se derrumbara como un negro racimo podrido.

ENRIQUE.- ¡Basta ya!

ELENA.- Y los perros se disputaran sus huesos bajo las ramas aún temblonas.

EL PADRE.- ¿Quieres callarte de una vez?

ELENA.- Y sólo quedara un trozo de cuerda podrido balanceándose.

EL PADRE.- (A LUIS.) Como introducción no ha estado mal.

LUIS.- ¿Como introducción?...

EL PADRE- Parece que te dispones a hacer un interrogatorio en toda regla.

LUIS.- En cierto modo.

MARGA.- Nos has atemorizado. Ha sido la sorpresa. Y la noche. A la luz del día jamás te habrías atrevido a hablar así.

LUIS.- Hay que descartar a los criados. Duermen en el pueblo hace años. Ni siquiera esta noche habéis querido tenerlos junto a vosotros. Una palabra indiscreta y... Las noches juegan a veces malas pasadas, ¿verdad?

ENRIQUE- Sin rodeos. Cuanto antes acabemos esta horrible farsa mejor para todos.

LUIS.- Está bien. Tú primero, papá. ¿No es extraño que no te dieras cuenta antes? Pretendes haber dormido cuatro horas abrazado a un cadáver.

EL PADRE- Así fue.

LUIS.- Claro que para ti era una fácil solución. Sabías que Miguel no iba a negar el certificado médico. Temías el proceso. La bigamia está castigada por la Ley. Sería una investigación para averiguar hasta qué punto pudo ser o no voluntaria. Tú mismo has llegado a dudar. Además, has confesado que os llevabais mal. Aún puede haber testigos de vuestras disputas.

EL PADRE- Hace tantos años. ¿Quién se acuerda ya de aquello?

LUIS.- Y bien. ¿No era esta una bien fácil solución?

EL PADRE- ¿Y por qué yo precisamente? Motivos no hubieran faltado a cualquiera de nosotros. Alguien pudo entrar en la habitación sin que yo lo notara y echar la tabletas en el vaso en la oscuridad. Ella no se dio cuenta y...

LUIS.- Mamá fue siempre una mujer cuidadosa.

MIGUEL.- Estaba últimamente muy envejecida. Le temblaban las manos.

LUIS.- Me parece que pones demasiado fuego en hacer de la casualidad el único culpable, Miguel. ¿Dónde pasaste la noche?

MIGUEL.- Con mi mujer, en nuestra alcoba.

LUIS.- (A ELENA.) ¿Es cierto eso?

ELENA.- Lo es... a medias. Porque cualquiera de los dos

pudo levantarse mientras el otro dormía.

ENRIQUE- ¡Tú misma, por ejemplo!

ELENA.- Sí.

ENRIQUE- Elena, ¿por qué haces recaer la sospecha sobre ti, deliberadamente?

LUIS.- Es la mejor prueba de su inocencia.

LUCÍA.- O bien una inteligente maniobra para desorientarnos.

LUIS.- Y tú, Lucía, siempre tuviste un sueño muy ligero. ¿No oíste nada?

LUCÍA.- No.

LUIS.- Suelas acostarte muy tarde. Pasas gran parte de la noche leyendo tus novelas.

LUCÍA.- He dicho que nada oí.

LUIS.- Tú, Marga, fuiste la última en acostarte.

MARGA.- Ciertamente.

LUIS.- ¿Y bien?...

MARGA.- ¿Y bien?... ¿Qué?

LUIS.- ¿No tienes nada que decirme?

MARGA.- No.

EL PADRE.- Todos sabemos que la odiabas, Marga. Aunque yo no creo que hasta ese punto.

MARGA.- ¡Hasta el punto de arrastrarme y entrar furtivamente en su alcoba para...? ¿Es que no te das cuenta? Soy yo quien más interés tiene en descubrir al criminal para escupirle a la cara. El muy... ¿No te has dado cuenta de que así simplificaba las cosas? Ella ha dejado de sufrir. Ahora que comenzábamos realmente a divertirnos. No podré perdonarle jamás el haberme hecho perder una función esperada durante tantos años.

ENRIQUE.- No comprendo adónde quieres llegar.

MARGA.- Era preciso que viviera. Muchos años. Que nos mirara a los ojos y leyera en ellos la risa y el desprecio. Ese era su verdadero castigo. Pero ya no es posible. El juego ha terminado cuando sólo estaba comenzando.

LUIS.- ¡Basta!

LUCÍA.- Era innecesaria tanta crueldad.

LUIS.- A ti, Lucía, no quiero interrogarte. Somos los únicos que la queríamos.

LUCÍA.- Sí.

LUIS.- Fuimos siempre sus pequeños preferidos.

LUCÍA.- Sí.

LUIS.- Tú y yo nunca habiéramos podido hacer una cosa así.

LUCÍA.- No.

LUIS.- Sin embargo, hay una cosa que quiero que me digas. ¿Pasó Enrique realmente la noche contigo?

LUCÍA.- Creo..., creo que sí

EL PADRE.- ¿No estás segura?

LUCÍA.- No sé... No puedo recordar ahora.

MIGUEL.- Haz un esfuerzo.

LUCÍA.- Estoy aturdida. Todo da vueltas a mi alrededor. No puedo más. ¡No puedo más!...

LUIS.- Eso equivale a una acusación. Ella le quiere. No ha podido hacerlo directamente.

MARGA.- No ha sido Enrique. (A LUCÍA.) No es cierto que pasara la noche contigo, querida. Has mentido deliberadamente.

LUCÍA.- Marga, tú fuiste la última en ver a mamá.

MARGA.- ¿Y bien?

LUCÍA.- Tú la odiabas.

MARGA.- Sí. Nunca lo negué.

LUCÍA.- Ella quiso siempre lo mejor para ti.

MARGA.- ¿Lo mejor? ¿Y qué ha sido lo mejor? Jamás me ha mirado un hombre desde que rechacé a Enrique, por mandato suyo.

LUCÍA.- Ella soñaba grandes cosas para todos, entonces.

MARGA.- Pero cuando se trató de ti no hubo dificultades.

Decían que yo era odiosa. Y tuve que hacer del orgullo una defensa. Fingir mil veces, millones de veces. Aparentar desprecio por las cursis frases de los enamorados, mientras toda yo era una tea encendida.

LUCÍA.- ¿Sigues... enamorada de él?

MARGA.- (**Con intención.**) ¿Por qué dices «él»?... Se trata de tu marido.

LUCÍA.- ¿Y bien?...

MARGA.- (**Enigmática.**) Tenemos una sorpresa para ti después del funeral.

LUCÍA.- (**Estallando.**) ¿Una sorpresa? ¿Lo creíais así? Lo sé todo. Estuve toda la noche pegada a la puerta de tu habitación. Enrique me había dicho que iba a la ciudad y regresaría de madrugada. Vosotros os besabais, reíais, mientras...

ENRIQUE.- Perdona. Nosotros no sabíamos que estaba agonizando...

LUCÍA.- ¿Quién habla de ella? Ella no sufría aún. Pero yo sí, yo padecía por todos. (**Pausa.**) Cuando al amanecer te levantaste...

EL PADRE.- ¿A qué hora fue eso?

LUCÍA.- Serían las cuatro de la madrugada.

MIGUEL.- Ella murió a las cinco. Pudo dejar entonces la tabletas en el vaso.

LUIS.- ¿Qué sucedió entonces?

LUCÍA.- Yo me oculté. Pensé que me había visto. Regresó y entró de nuevo. Fue entonces cuando entré en el cuarto de mamá para decírselo todo. Me acerqué a la cama. Papá dormía. Le toqué el rostro. Quería despertarle para bajar y contarle todo. No podía aguantar unas horas siquiera. Y entonces me di cuenta...

LUIS.- ¿Estaba ya muerta?

LUCÍA.- No. Aún no. Había un brillo humano en sus ojos.

EL PADRE.- Ahora está todo claro.

LUCÍA.- Si os fijáis bien mi rostro está clavado en sus grandes pupilas azules. La última imagen viva queda siempre grabada en los ojos de los muertos.

ENRIQUE.- No has debido hacerlo, querida.

MIGUEL.- ¿Cómo has podido callar hasta ahora?

LUCÍA.- No acababa de creer...

LUIS.- ¿Por qué no avisaste?

LUCÍA.- Quise gritar y no pude.

EL PADRE.- Pero ¿y después? ¿Por qué has aguardado hasta este momento?

LUCÍA.- Dudaba aún de que todo no hubiera sido sino un sueño.

LUIS.- (**Mirándola a los ojos.**) No; fue por algo más importante por lo que tú callaste.

LUCÍA.- Papá dijo que había sido muerte natural. Y nadie había hablado de otra cosa hasta que tú llegaste y una horrible sospecha nos atenazó a todos.

ENRIQUE.- ¡Lucía!

LUCÍA.- ¡Oh! Perdóname, Enrique. Pero no podía callar por más tiempo.

ENRIQUE.- (**La ha cogido por los hombros.**) Tú sabes que yo no he sido.

LUCÍA.- ¡Dios mío!

ENRIQUE.- Me hubieras sentido bajar las escaleras.

LUCÍA.- (**Aturdida.**) Las escaleras...

ENRIQUE.- Recuerda...

LUCÍA.- Apenas una luz, una pequeña luz temblorosa.

ENRIQUE.- Estás firmando mi sentencia de...

LUCÍA.- ¡Oh, no! ¡Eso no!

ENRIQUE.- ¿Es que aún me quieres?

LUCÍA.- Sí.

ENRIQUE.- ¿Y podrías perdonarme?

LUCÍA.- Lo intentaré...

ENRIQUE.- Entonces, ¿quieres decirles a todos la verdad?

LUCÍA.- (**Volviéndose a los demás.**) He mentado.

EL PADRE- ¿Qué embrollo es este?

LUCÍA- He mentido deliberadamente para traerle a mí. Para hacerle depender de mí. Para recobrarle, aunque sólo fuera por el temor.

LUIS- ¿Qué estás diciendo?

MIGUEL- Es inútil. No quieres acusar a tu marido porque le quieres, a pesar de todo cuanto te ha hecho sufrir.

LUCÍA- ¡No ha sido él!

EL PADRE- ¿Quién fue entonces?

MIGUEL- Responde, Lucía.

LUIS- Es preciso que sepamos la verdad.

LUCÍA- (Vencida, sollozando.) ¡He sido ... yo!

(Movimiento de asombro de todos. LUCÍA se desprende de los brazos de ENRIQUE y sube corriendo las escaleras. LUIS abre la gran puerta de cristales y queda en el quicio, mirando al interior. La música de fondo pasa al primer plano mientras cae el telón.)

(Fin del Acto II.)

Acto III

El mismo decorado. Han pasado diez minutos desde el final de la escena anterior, en el reloj de la pared.

Todos abatidos, temerosos, rezan tras la gran cristalera. Se ven sus hombros agigantados, inmóviles.

En escena: LUCÍA, junto a la ventana, y LUIS, en primer plano derecha, hundido en un sillón, con la cabeza entre las manos. Su figura destaca, iluminada por una intensa luz verde, del resto de la escena, difuminada en una suave penumbra. Esta escena, por su carácter evocativo e incoherente, debe ser interpretada haciendo destacar todo lo irreal y angustioso de su contenido. Fondo de música: el mismo de siempre, monocorde, obsesionante, arrítmico.

LUIS.- Mamá...

VOZ.- (La voz de la MADRE ha de estar grabada en cinta magnetofónica para hacer destacar el carácter de evocación y de misterio.). (Ríe, jovial.) Pero ¿es que has estado revolcándote en la tierra?... Mañana no bajas al jardín... Castigado... ¡Y todos los juguetes destrozados!...

LUIS.- No debes hablarme así... No soy ya un niño, mamá; soy un hombre... Y tú sólo un viejo madero podrido...

VOZ.- Es la hora del colegio... ¡Vas a llegar tarde!... Vamos, date prisa, Luisito... Y ponte la bufanda, que hace mucho frío...

LUIS.- (Con voz entrecortada.) ¿Es que no te das cuenta?... Estás muerta, mamá... Estás muerta...

VOZ.- (El fondo de música hace ver el paso del tiempo.) ¿Quiénes eran esas chicas con las que jugabas al tenis esta tarde? Fumas demasiado... Voy a decirle a tu padre que te llame la atención.

LUIS.- ¡Qué joven estás! Y esa sonrisa... ¡Esa sonrisa!...

VOZ.- (Con gran entusiasmo.) Ha sido un concierto maravilloso. ¡Qué aplausos!... Parecía que iba venirse abajo el teatro... Me

siento orgullosa de ti, hijo...

LUIS.- Pero ¿estás llorando, mamá?... ¿Quién te ha hecho daño?... ¿Quién?...

VOZ.- (Con cansancio.) Hace dos meses que no me escribes... ¿Es que estás enfermo, hijo?... ¿Por qué no vienes a verme un día de estos?... Estoy muy triste después de todo lo que ha pasado... (Su voz se pierde lejos.)

LUIS.- ¡No te vayas!... ¡No te vayas, mamá!...

(Cesa la música, LUIS se levanta y va hacia el teléfono.
ELENA, en la ventana, iluminada por una luz amarillenta, habla como sumergida en un mundo irreal, distante.)

ELENA.- Al fin los perros han dejado de ladrar a la luna...

LUIS.- (Al teléfono.) ¡Oiga!..

ELENA.- (Lo mismo.) ¡Dios mío! ¡Qué hermoso bosque,

todo blanco y negro, con nieve y carbón fundidos, petrificados!...

LUIS.- Sí...

ELENA.- Y ese sordo rumor, ese terror inmóvil, hendido en el lago como un disco de plata...

LUIS.- Con el Departamento de Policía de la Ciudad...

ELENA.- Mirad... Hay niños muertos colgados de las estrellas...

LUIS.- Gracias... Cuando consiga la llamada me pasa la línea...

ELENA.- Está sangrando... Se han roto las venas del gran ataúd de mármol negro...

LUIS.- Esta bien. Esperaré. **(Cuelga el teléfono.)**

(Se abre la puerta de cristales. Entran ENRIQUE, MIGUEL, MARGA y EL PADRE.- Situación. Pausa.)

MARGA.- **(Acercándose a LUCÍA, ambas junto a la ventana.)** ¿Recuerdas?... Tú estabas sentada ahí, y yo, aquí. Mamá tocaba el piano. Éramos niñas entonces...

ELENA.- ¡Qué lejos todo!

MIGUEL.- Y aquellas tardes en el lago jugando a piratas, con el agua hasta la cintura...

EL PADRE.- Sí...

MARGA.- Mañanas de sol en busca de grillos, tumbados junto a las tapias hirvientes de cal. Noches sin sobresaltos.

MIGUEL ¡Qué distante parece! Como si hubiera sido vivido por otros... El primer cigarrillo...

MARGA.- Y el primer baile...

EL PADRE.- Y las primeras lágrimas.

MIGUEL.- A veces me pregunto ¿es posible que yo sea ese niño feliz de las viejas fotografías? Y luego... Pero, sí, sigo siendo ese niño. Es a otro a quien le ha sucedido crecer.

EL PADRE.- Es terrible dejar de ser niños. Y tan triste.

LUCÍA.- **(Soñadora.)** Yo llevaba unos grandes lazos

azules y rosas. Y tenía un molinillo de papel...

MIGUEL.- Entonces sólo hacía pozos para jugar a barcos de papel y arco iris para intentar la escalada de la nubes.

ENRIQUE.- (**Sin poderse contener.**) ¡Basta ya! Recuerdos..., recuerdos... Son las cinco. Dentro de dos horas empezará a llegar gente. Al mediodía, el entierro. Después...

LUIS.- (**Rígido.**) ¿Después?...

ENRIQUE.- Me das miedo. Prefiero tus gritos a ese rostro frío, impasible.

LUIS.- (**Después de una pausa.**) He llamado a la Policía.

(Movimiento de estupor en todos.)

EL PADRE.- ¡Cómo!...

MARGA.- ¿Has podido hacerlo?

MIGUEL.- ¡Te has vuelto loco!

ELENA.- Pero Luis...

LUIS.- Es preciso esclarecerlo todo.

ENRIQUE.- Ya no hay nada que esclarecer. Lucía se ha confesado culpable. Todos hemos oído cómo...

LUIS.- ¿Y quién la ha creído? Nadie. Bien sabemos que ella no pudo ser. Cualquiera menos ella. Lo dijo porque las sospechas caían sobre ti y quiso salvarte.

EL PADRE.- Entonces...

LUIS.- Estamos igual que al principio.

MIGUEL.- (**Paseándose nervioso.**) Un escándalo. Un horrible escándalo...

LUIS.- ¿Qué es lo que te preocupa? ¿El fin de tu brillante carrera? Porque esto es el fin, y tú lo sabes. (**Con desprecio.**) En qué poco tiempo te has corrompido.

MARGA.- Luis, tu resentimiento nos perderá a todos

EL PADRE.- Y bien. ¿Qué vas a decir cuando la Policía responda a tu llamada?

MARGA.- ¿A quién vas a acusar?

LUIS.- No os lo diré.

ELENA.- ¿Pretendes acaso tenernos a todos en vilo? ¿No

decir sobre quién recae tu acusación para que los demás podamos respirar tranquilos?

LUIS.- El que tenga la conciencia tranquila no tiene por qué temer.

ENRIQUE.- No. Estamos todos con una culpa. Varados en la gran espera. Ahora comprendo. Estamos ya muertos, y este es lugar de los condenados. Estar condenado es esperar y esperar siempre lo que se teme sobre todas las cosas, sabiendo que ha de suceder fatalmente.

LUIS.- Pero hay uno entre nosotros, en especial, cuyo corazón no tendrá reposo jamás.

MARGA.- ¿Por qué?

MIGUEL.- ¿Quieres más testigo que ese cuerpo rígido detrás de las vidrieras?

ELENA.- ¿Quién habla de muerte corporal? ¿Acaso no han de pedirse responsabilidades, y en mayor medida, a los asesinos de su alma? ¿Quién puede asegurar que un gesto propio no hirió de muerte a alguien? Ella pudo estar ya muerta hacía meses, y aun años, por una mirada de desprecio. Hemos sido todos. Todos. El que haya puesto fin a su vida, o bien ella misma en el caso de que se trate de un suicidio, no es el único responsable. Era sólo una solución a un problema creado por otros. Por nosotros y por Dios. ¿Quién sabe? Y es a estos a quienes hay que pedir la responsabilidad mayor.

MIGUEL.- Tú, cállate.

LUIS.- (A **MIGUEL**, refiriéndose a **ELENA**.) He aquí otra víctima de tu calculadora ambición...

MIGUEL.- ¿También me envidias a mi mujer? Ahora comprendo por qué te marchaste de casa a raíz de mi boda. Tu repentina hambre de cultura y de verdad no era sino...

ELENA.- (Volviéndose a **MIGUEL**.- **Muy pálida**.) Tu mujer... ¿Cuándo he sido tu verdadera mujer? Sólo un caro lujo para exhibir en las reuniones. En esas frías reuniones con mujeres marchitas, envidiosas de mi juventud, y esos hombres elegantemente infames ante los que me exhibías para prosperar... ¡Para subir!

MIGUEL.- Ya está bien. Has dicho demasiadas tonterías esta noche.

ELENA.- (Riéndose.) Sólo eso te importó: mi dinero, las relaciones de mi familia, para encumbrarte. Nunca me

quisiste. Sólo a ti mismo, a tu propia ambición.

MIGUEL.- Elena no sabe lo que dice. Tenéis que perdonarla. Está nerviosa. Espera un hijo..., nuestro primer hijo.

ELENA.- (Casi a gritos.) ¿Estás seguro de que es tuyo? Nunca se te ocurrió preguntarme siquiera el porqué de mis continuos viajes a la ciudad. Me ignorabas. Y yo sólo estaba esperando una palabra tuya para gritarte toda la infamia que has acumulado sobre mí.

LUIS.- Elena, por favor, no pronuncies palabras de las que luego tengamos que arrepentirnos.

ELENA.- (Vencida por el esfuerzo. Con gran amargura.) ¿Tú también me condenas al silencio? ¿No crees que ha habido demasiado silencio entre nosotros? ¿Demasiadas palabras furtivas? ¿Demasiados encuentros atropellados?

MIGUEL.- (Rígido.) Entonces, ¿era eso?

LUIS.- Sí. La quise desde que la vi cruzar el umbral de esta casa, cuando la trajiste para presentársela a mamá. Por eso huí. Luego la casualidad volvió a reunirnos. Una tarde... Todo resultó irremediable. **(Pausa.)** Pero no la culpes a ella. Sólo a mí. Aunque tú mismo eres el culpable mayor. Ignorabas que te habías casado con una mujer, no con una cuenta corriente.

EL PADRE.- Creo que esto no es tema de conversación para una noche como esta. Vuestra madre está ahí muerta.

ENRIQUE.- No puede oírnos.

MARGA.- Quizá haya sido mejor así. Hubiera muerto de dolor si hubiera sabido...

LUIS.- (Después de una larga pausa.) ¡Sabía!...

EL PADRE.- ¿Cómo?

LUIS.- Digo que «sabía». Yo la había puesto al corriente de todo. También sabía que Enrique y Marga iban a marcharse juntos. Esta noche precisamente.

MIGUEL.- Es monstruoso.

ENRIQUE.- Entonces está claro...

LUIS.- ¿Qué está claro?

ENRIQUE.- Su muerte.

MARGA.- ¿Quieres explicarte?

ENRIQUE.- Se ha matado deliberadamente. No podemos acusar a nadie. Ha sido ella misma. Lo ha hecho para unirnos. Sabía que no podríamos callar. Que tendríamos que gritar todo esto. Que nos hacía bien. Que lo irremediable no sucedería si teníamos el suficiente valor para hablar.

ELENA.- Lo irremediable ha sido. Ella ha muerto.

ENRIQUE.- Sí. Pero nosotros vivimos. Nos ha brindado con su muerte otra oportunidad, la última, para comprender, para reorganizar nuestras vidas.

MARGA.- Sí. Tú le hiciste saber lo que nunca debieron escuchar sus oídos. Todas esas horribles cosas entre nosotros.

LUIS.- Aún no está demostrado que haya puesto fin a su vida deliberadamente.

MIGUEL.- Lucía ha...

ELENA.- Lucía no pudo ser.

LUIS.- ¿Quién habla de Lucía? ¿No os dais cuenta de que si ella se ha acusado era para salvar a Enrique? Él supo, como abogado que se ocupó de este asunto desde el principio, y sin que nadie se lo pidiera, la gran fortuna de vuestra madre. Por eso te sedujo, Marga... ¿No es significativo que tuviera preparada vuestra huida para esta noche precisamente? Tu error, Enrique, estribó en no calcular el tiempo que tardarían en hacer su efecto los comprimidos.

MARGA.- (Después de una larga pausa.) No fue él.

LUIS.- ¿Cómo puedes saberlo?

MARGA.- Pasó toda la noche conmigo.

LUIS.- ¿Quién puede asegurarlo? Quien puede asegurarlo, pero ¿y después? Bien ¿Fue antes? Lucía aseguró haberle visto salir de la habitación de madrugada. Él te convenció, ¿no es así? Y tú la odiabas lo bastante como para que no fuera necesario invertir mucho tiempo en convencerte de que era preciso suprimir a la intrusa, a la que estaba ocupando el lugar que a tu madre correspondía, según la Ley. ¡La Ley de los hombres y la Ley de Dios...! También Dios tiene su participación en este crimen. El legisló una vez, hace millones de años, para que una pobre mujer fuera asesinada una noche por sus propios hijos.

ENRIQUE- Culpas a todos con demasiado furor. ¿No será que odias en los demás lo que temes en ti mismo?

LUIS- ¿Qué tengo yo que temer?

MIGUEL- Si ella se ha matado, tú sólo, con tus odiosas cartas, tienes la culpa de todo.

LUIS- Yo estoy al margen de todo esto.

MARGA- No. La Policía hallará esas cartas. Tú también estás en la ratonera.

LUIS- ¿Qué motivos iba a tener?

ENRIQUE- ¿Qué importan los motivos? Los motivos son tan fáciles de inventar... Por ejemplo, ¿quién no sabe tu vida de despilfarros en la ciudad? Pues bien: el dinero. Muerta ella, eres tú el único heredero. Tan sólo tú eres su hijo.

LUIS- Jamás cruzaron por mi cabeza tan aborrecibles pensamientos.

MIGUEL- Tus intenciones a nadie le importan. La Policía sólo juzga los hechos. Y tus cartas podrán ser interpretadas como una provocación al suicidio.

EL PADRE- (Después de una gran pausa. Pensativo, lejano.) Hay tantos motivos por los que pudo hacerlo. Quizá fue sólo... por amor.

MARGA- O bien sólo por odio. Para que esta duda nos persiguiera durante toda nuestra vida. Esa fue su venganza. Jamás viva nos pudo hacer tanto daño como nos está haciendo muerta.

EL PADRE- No fue esa su intención.

MIGUEL- ¿Cómo puedes saberlo?

EL PADRE- Lo hizo para salvarnos a todos.

ELENA- Pues ha sido una bonita forma de condenarnos aun antes de morir. Jamás podremos olvidar sus grandes ojos azules abiertos, sin vida. Y cada uno pensará que ha sido por él, tan sólo por él, por lo que todo ha sucedido.

EL PADRE- Sois injustos con ella. Fue siempre buena.

ENRIQUE- Su bondad fue precisamente lo que más daño hizo a todos. Era una bofetada continua al horror de nuestras vidas.

EL PADRE- Por eso quiso redimirnos.

MARGA.- ¿Se sentía culpable?

EL PADRE.- No; sólo cansada. Quiso redimirnos con el sacrificio de su vida.

ELENA.- El suicidio es un pecado, el único pecado imperdonable. Todos los demás tienen su oportunidad. A este le falta siempre el tiempo para el perdón posible.

EL PADRE.- ¿Acaso Dios mismo no quiso ponerse fin deliberadamente, dejándose matar, para salvarnos a todos?

ENRIQUE.- Dios, Dios... ¡Cómo se te llena la boca de palabras solemnes que nada significan!... ¡Dios!

EL PADRE.- Pues bien: ella lo hizo por eso precisamente.

MIGUEL.- ¿Cómo puedes hablar así?

EL PADRE.- **(Después de un instante de indecisión.)**
Yo... yo lo sabía.

LUIS.- ¿Sabías qué?

EL PADRE.- Todo..., todo lo que iba a suceder.

LUIS.- ¿Sabías que se iba a suicidar y no lo impediste?

EL PADRE.- No pude. **(Pausa.)** Lloraba pidiéndome de rodillas que consintiera.

LUIS.- ¿Y tú?

EL PADRE.- Me negué siempre.

MIGUEL.- Debiste haber llamado a un médico, a mí o a cualquier otro. Era preciso internarla. Cualquier cosa antes que dejarla morir.

EL PADRE.- Todos los santos son siempre juzgados como locos. El rasero de Dios es bien distinto al de los hombres, afortunadamente.

MARGA.- Y bien. Sepamos, al fin, quién fue el culpable de entre todos. Que podamos señalarle con el dedo y quedar libres los demás.

EL PADRE.- Creo que el último culpable... fue Dios.

ENRIQUE.- ¿Dios?

EL PADRE.- Llámalo fatalidad, si lo prefieres. Para mí no existen casualidades. Sólo actos de la Providencia.

LUIS.- ¿Y...?

EL PADRE- Me dijo: «... Es lástima que haya sucedido así, que las cosas se hayan vuelto contra nosotros... Esa mujer...; ese fantasma resucitado de entre los escombros, es tu verdadera mujer... No vale que queramos engañarlos. La Ley es bien explícita. Yo no he sido a tu lado más que... Claro, que sin saberlo. No ha habido verdadero pecado. Pero lo habría si continuó en este lugar, que no me corresponde ...».

MIGUEL- ¿ Por qué no se fue entonces? Hubiera sido más fácil para todos.

EL PADRE- Yo no hubiera podido olvidarla. Ambos nos hubiéramos desesperado. Ella lejos de un hogar que era el suyo; yo apartado de la mujer a quien amaba, atado a un fantasma al que nada me unía..., sólo el hecho de estar mi nombre junto al suyo en una esquina de algún libro de registro polvoriento...

ELENA- ¿Y entonces? Termina de una vez.

EL PADRE- Ella pensó que así sería mejor.

ENRIQUE- Suicidarse no es nunca una solución. Y menos para solucionar un problema moral.

EL PADRE- Suicidio..., suicidio... ¡Es que sólo cabe en ti esa palabra! Fue una inmolación, un holocausto: eso fue. Aún está tibio el cadáver de la víctima inocente. Lo hizo para redimirse de su pecado ignorado tantos años. Para pagar un amor usurpado que, según la Ley, nunca le había correspondido. Lo hizo para que nadie pecara ya más después de saber. Para con el sacrificio de sí misma levantar vuestras vidas a un plano de espiritualidad que jamás había conocido.

MARGA- Entonces, ¿no hay culpable?

EL PADRE- Todos somos culpables.

ELENA- ¿Se puede ser culpable sin saberlo?

EL PADRE- Sí, se puede. La Humanidad entera es culpable de algo sin saberlo. Alguna culpa ignorada en algún punto de nuestro origen. Todo tiene explicación a partir de esa creencia.

ENRIQUE- ¿Y a dónde va tanto dolor? ¿Tiene algún sentido un dolor que brota de algún sitio como una fuente, pero que no se derrama sobre nadie, pues todos somos surtidores de dolor y dolor?

EL PADRE- Alguien se beneficiará.

MARGA.- ¿Alguien?... ¿Quién?... ¿Y por qué?...

EL PADRE.- Eso..., eso es un misterio.

ENRIQUE.- ¿Misterio? ¿Dios? El hecho de que la vida de los hombres no esté construida conforme a la lógica de sus razonamientos no implica el invento de esas palabras... «Dios, misterios...» Más palabras para vuestro vocabulario de absurdos. Aquí hay sólo unos hombres atemorizados que intentan diluir en divagaciones pseudoteológicas el horror, el humano horror que la muerte produce siempre. Tras esas vidrieras está el cadáver de una mujer. Eso es lo que no podemos olvidar.

LUIS.- Tienes razón. Hemos hablado. Todo lo sucio de esta casa está aquí entre nosotros y nos acusa. ¿Quién ha sido el responsable? Todos somos asesinos. A veces una palabra mata un alma. Han sido precisas millones de palabras para matarla a ella. Ha resistido demasiado.

ENRIQUE.- Y ahora, ¿qué podemos hacer? Jamás podremos olvidar.

MIGUEL.- Sólo un cataclismo. Una guerra quizá. Ayer me hubiera reído si alguien me hubiera dicho: «Algún día llegarás a desear la guerra.»

EL PADRE.- ¿Acaso crees que los azares de la guerra, sus heroísmos...? ¡Las guerras no son sino fabulosos negocios! La carne humana es traída y llevada de un matadero a otro y vendida al mejor postor. Los grandes banqueros juegan en la gran Bolsa de la guerra. Los destinos humanos son intercambiados como acciones. Luego no hay sino que esperar el alza o la baja prevista. ¿Qué importa la individualidad, la vida personal de esos seres cuyas vidas son puestas en juego? Van ciegamente sin saber adónde. Son manejados como piezas de un aborrecible juego de ajedrez por manos enguantadas, para evitar el contacto de sus ásperas pieles marchitas. Una guerra no es jamás una solución para nada.

ELENA. ¿Entonces?

ENRIQUE.- No hay solución. (LUIS se levanta, de pronto, y sale casi corriendo por la puerta que da a la calle.)

MARGA.- Luis.

MIGUEL.- No puedes dejarnos ahora.

EL PADRE.- Volverá. (Pausa violenta. Luego entra LUIS.)

LUIS.- (Entrando.) No puedo. Estoy atado. Todos estamos atados.

ENRIQUE- El invisible abrazo del terror a lo desconocido.

MIGUEL.- Ese es nuestro castigo. No saber. No poder saber ya nunca si somos realmente culpables. Y tener que amar lo que quisiéramos odiar.

LUIS.- «Amaos los unos a los otros...» Todo esto parece un símbolo. Símbolo de amor imposible, contradictorio, de los hombres. ¿Quién hablaba del infierno? Es este nuestro infierno: la contradicción entre lo que no podemos menos que sentir por la carne y lo que nos es impuesto a latigazos por algún extraño espíritu superior.

ELENA.- Para ella la muerte fue un acto de caridad. Recogió en sí el pecado de los otros.

MARGA.- Pero nosotros no podemos ya vivir, sólo pagar. Estar aquí uno junto a otro y mirarnos. Y así siempre. Nos encerraremos en esta vieja casa y pondremos en la puerta la señal de los apestados.

MIGUEL.- (Después de una pausa.) ¿Qué vas a decir ahora, cuando conteste la Policía?

LUIS.- ¿La Policía? No... No hablaré... Es mejor no saber, no esclarecer nada. Pensar que pudo ser cualquiera de nosotros, o ella, o el azar, o bien Dios mismo. Ese será nuestro castigo. Estar en la duda, permanecer siempre en la duda.

(ELENA se acerca a la ventana, aparta las cortinas y mira al cielo.)

ELENA.- Está a punto de amanecer.

ENRIQUE- ¡Si no amaneciera...! Estar aquí siempre sentados mirándonos, sin palabras, sin un gesto, sin un pensamiento. Incapaces de sentir ni de pensar. Como estatuas de roca. Y así hasta que la muerte nos llenara de noches los ojos lisos, gigantescos.

EL PADRE- Dices «si no amaneciera» ...Pero sí amanecerá. Primero, un vaho lechoso; después, cada rostro saldrá de su sombra y tendrá un alma detrás; un alma que ya nunca podrá ser la misma; un alma con un terrible secreto. Y así un día y una noche, y otro día y otra noche, meses,

años... Y no habrá gestos fortuitos, ni actos mínimos de los demás que llenemos de un aborrecible contenido.

ELENA.- (Junto a la ventana.) Es el alba. Está ahí.

LUIS.- No. Es sólo una ilusión: la ilusión de que todo puede comenzar de nuevo. Pero no. Nuestro acto está hecho y ya es imposible retroceder. Un acto de todos o de ninguno, del que quizá sólo Dios sea responsable, pero cuya culpa nos ha tocado expiar. Quizá el pecado estuviera en otro. No hay correspondencia entre los actos y el premio o el castigo. Es todo un juego. Un horrible juego de azar.

ELENA.- Abramos todas las ventanas de la casa para que entre la luz.

MARGA.- No. Y cierra también esa. Sobre nosotros no amanecerá ya nunca. Estamos en la noche definitiva. Tan sólo habrá sol o estrellas colgadas del gran tapete. No importa. La noche está ya dentro de nosotros... Una noche fofa y tibia... Que siento comienza a corromperse...

(De pronto, suena el timbre del teléfono. Todos se miran angustiados. Pausa. Continúa el martilleo obsesionante. Nadie se mueve. La música de fondo, siempre la misma melodía, pasa a primer plano durante un instante. Luego, de nuevo el teléfono, con su chirriar metálico. Aparece LUCÍA en lo alto de la escalera. Despeinada, con los ojos enrojecidos y una gran bata morada sobre los hombros, baja con lentitud, abre completamente las grandes puertas de cristales y entra en la sala mortuoria. Se arrodilla junto al féretro, ahora visible por primera vez. Cierra la caja y apaga las velas y comienza a sollozar. El teléfono ha dejado de sonar. La escena está ahora iluminada tan sólo por un tenue resplandor lechoso, azulado, de mañana fría y lluviosa. Pausa. LUIS se levanta y cierra muy despacio las puertas. Queda de espaldas al público, con la frente apoyada en el marco. Situación. La música de fondo, al primer plano de nuevo, monocorde, obsesionante, arrítmica, mientras lenta, muy lentamente va cayendo el telón.)

